

WOODY ALLEN SIN GAGS

LAS primeras imágenes de "Manhattan" son soberbias, al estilo "retro", nostálgicas. ¿Por qué?

WOODY ALLEN.—Cuando era joven, Nueva York me fascinaba. La sigo amando a pesar de mis problemas; pero me gustaría mostrarla tal y como yo la vi cuando tenía cinco años. Y ese punto de vista iba muy bien con el tema de la película, un tema que sólo muy pocos han observado: el del envejecimiento. A pesar de las apariencias, es un film triste. La historia de alguien que ve su ciudad cómo era y cómo dejó de ser hace años, sobre el fondo musical de sus sueños, y al estilo de las películas en blanco y negro que eran populares por aquel entonces. La historia de un hombre de cuarenta y dos años que desea a una muchacha de diecisiete y que se preocupa porque el programa de televisión para el cual trabaja corre el riesgo de ser suspendido y porque sus colegas fuman marihuana mientras escuchan mala música de "rock". De alguien que se aferra a su pasado, incapaz de aceptar el hecho de su propio envejecimiento. Un hombre que cree en las virtudes del trabajo, en el amor monógamo, en la integridad personal...

—¿Autobiográfico?

—Como los otros: sólo en parte. Es verdad que tengo cierta tendencia a vivir en el pasado. Pero diga lo que diga la gente, es también cierto que el personaje que interpreto en mis películas es en buena medida inventado.

—A algunos de sus "fans" no les gusta "Manhattan". Dicen: "Estamos cansados de ver siempre la misma película. Bastaba con 'Annie Hall'". ¿Qué opinión le merecen estas críticas?

—No sé... Es una pregunta difícil. Durante el rodaje, yo tenía la impresión, sin embargo, de hacer una cosa algo distinta. Es la única de mis películas que puede calificarse de cronológica desde el principio al fin, la única que no juega con el tiempo. La encuentro menos divertida que las otras, más pesimista. Es también la primera en la que también importa la vida de los otros personajes, la primera en la que no soy yo el único que cuenta.

—Se le acusa de dar vueltas

A veces se le veía deslizarse por las calles de Manhattan, envuelto en un largo abrigo y tocado con un enorme sombrero: se trataba, tímido y misántropo como es, de su disfraz de incógnito. Hoy no necesita ya de tanto teatro para vestir como viste: con su camisa escocesa, pantalones de pana y chaqueta de "tweed" paño verde. Ya vaya a Elaine's a probar un bocadillo, o acuda al Michael's Pub —como todos los lunes por la noche—, sólo se ve abordado por provincianos. Los demás saben que es, en el fondo, un tipo amable, pero que no puede soportar que su celebridad le impida vivir como le gusta. Así que se limitan con saludarle de lejos o —mejor aún— fingen no haberle visto.

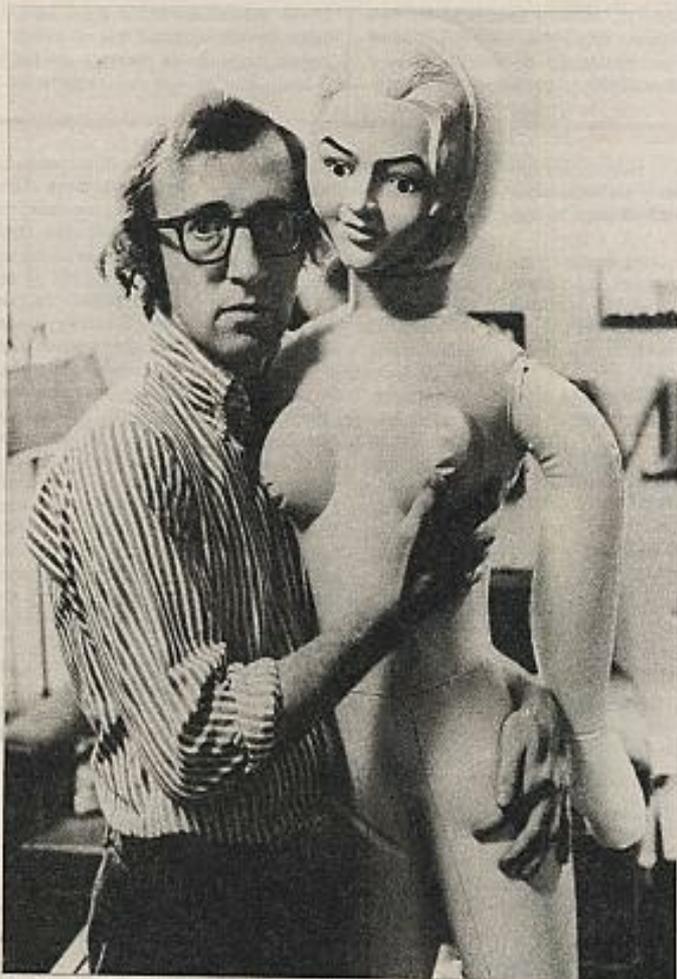
Tras los tres Oscars que obtuvo "Annie Hall" en 1977, la reacción inmediata de Woody Allen consistió en cambiar de género. El cómico se convirtió en trágico, y Allen hizo "Interiores" sin un solo rasgo de humor y sin aparecer un solo momento en la pantalla: "Para conseguir ser relativamente impopular", dice. No lo consiguió. Su última película, "Manhattan", ha batido todos los records desde que se estrenó en Estados Unidos.

NINA SUTTON

alrededor de su ombligo, de sus problemas.

—Reconozco que estoy obsesionado por mis problemas. Pero

tengo también la impresión de que por el momento, y tal vez por mucho tiempo, es el mejor material de que dispongo para expre-



Woody Allen, en "Bananas".

sarme. Y las gentes se reconocer en ellos. Seguramente llegará un día en que todo el mundo confiese estar hasta la coronilla.

—¿Y entonces?

—Espero, para entonces, haber pasado a otra cosa. Lo que sin duda ocurrirá es que dejaré de ser protagonista de mis propias películas y conseguiré abordar los problemas con mayor distancia.

—¿Considera usted "Manhattan" como su mejor película?

—No. No esperaba que tuviese tanto éxito. La encontraba bonita. Pero no más que "Annie Hall", ni, por supuesto, que "Interiores". Las tres películas las filmé el mismo cameraman, y me gusta mucho lo que hace. Trabajaremos juntos en mi próximo film.

—¿No quiere usted hablar de su película?

—No tengo apenas nada que decir: es una película en blanco y negro, como "Manhattan". Yo mismo figuro como protagonista junto a Christine Barrault, Charlotte Rampling, etcétera. Es una comedia. Más próxima a "Annie Hall" que a "Interiores".

—Parece que usted distingue claramente entre "serio" y "cómico".

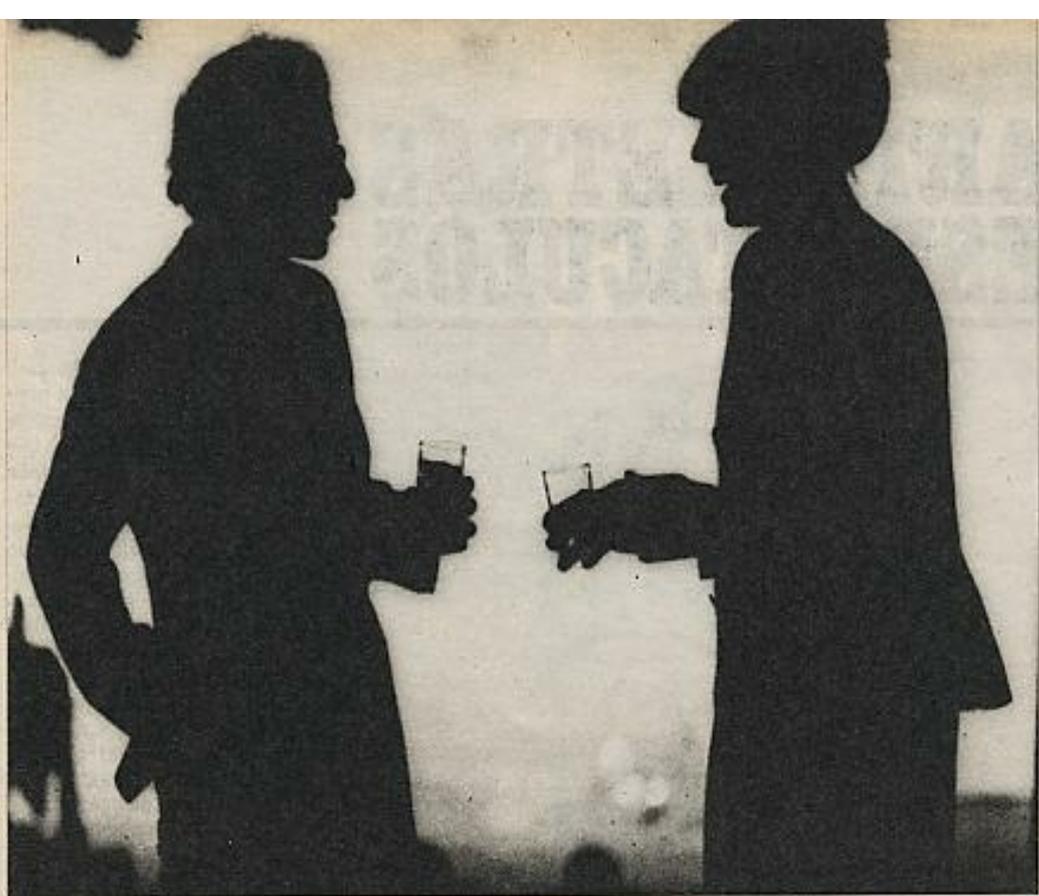
—En Norteamérica —tal vez sea distinto en Europa— el público distingue, en efecto, claramente entre un autor dramático y un autor cómico. Sobre todo cuando se trata de alguien que, como yo, antes de hacer películas era cómico de cabaret y de televisión. Aquí no se piensa que una película cómica pueda ser profunda.

—¿Incluso en el caso de Charlie Chaplin?

—Incluso Chaplin no sería tomado tan en serio si no hubiese mostrado explícitamente su intención de abordar temas graves en sus películas.

—¿Y Woody Allen?

—La distinción también es aplicable a mí mismo. En mis primeras películas, trataba simplemente de ser lo más divertido posible. Me dedicaba a ensartar un "gag" detrás de otro. Luego quise abordar cosas más serias. Y creo que si esas cosas han gustado a la gente es porque les afectaba más. Antes tenía un público limitado a los escolares y a unos



Con Diane Keaton, ex compañera y actriz favorita de Allen, en su último film, "Manhattan".

cuantos aficionados a los juegos de palabras. Ahora es algo más vasto.

—¿Le gustaría hacer llorar a la gente?

—Sí; me gustaría descubrir que tengo la capacidad de hacer experimentar a la gente sensaciones diferentes. Sé que hay gentes que sueñan con ser divertidos. Pero yo —y es una valoración personal— concedo más valor a Dostoyevski que a Buster Keaton. A Chejov que a Ibsen o a Molière.

—Entonces, "Interiores" es su película preferida.

—En realidad, no. Porque no conseguí hacer exactamente lo que quería. Si la volviera a hacer hoy, me saldría mejor, creo; resultaría una película más dramática, más poderosa. Pero fue una experiencia extraña: la única vez que trabajé durante meses sin un solo "gag".

—¿Tiene la intención de hacer otras películas "serias"?

—Sí. Porque es un género que me gusta. Cuando voy al cine, es para ver un Bergman o "Ladrón de bicicletas", o "Citizane Kane". Hay en ellas una cierta densidad que me gusta.

—Su única película sería hasta la fecha es una película de mujeres.

—Es cierto. Creo que me salen mejor los papeles de mujeres. El único papel de hombre que he profundizado un tanto es el mío propio. Tal vez se deba a que

siempre he vivido rodeado de mujeres.

—Usted dice con frecuencia que la vida es como un campo de concentración. ¿Qué quiere decir esto?

—En ambos casos, la gente se encuentra inexplicablemente prisionera de un entorno hostil del que no pueden escapar vivos. Algunos se comportan honrosamente. Otros, no. Pero en ambas situaciones hay que negar la realidad para sobrevivir. En los campos de concentración, los detenidos se decían: "No, no nos van a exterminar". Creo que con la vida ocurre algo parecido: se nos coloca en una situación tan difícil, tan desagradable incluso, que nuestra salud mental es valorada con frecuencia en función de nuestros mecanismos de defensa contra la verdad.

—¿Cómo es eso?

—Vivir sería insoportable si estuviésemos conscientes todo el día. Conscientes de que vamos a envejecer y morir. De que nuestro corazón puede detenerse en cualquier momento. A los que lo están, se les cuelga la etiqueta de "deprimidos", "angustiados" o "morbosos". Como decía Nietzsche con fuerza, más vale no saber demasiado. La percepción de la realidad no es la mejor cosa posible.

—Pero ¿no es precisamente eso lo que hace a los grandes cómicos?

—¿Los cómicos? No lo sé. Creo

que esta percepción contribuye a hacer grandes escritores. Dostoyevski o Tolstoi, a los que estubo a punto de destruir. Algunos parecen haber llegado, sin embargo, a fuerza de encarar esa realidad, a una reconciliación con ella. Y consigo mismos. Tal es el caso de Heidegger, creo. Pero eso es demasiado para mí. No he llegado a esa fase.

—¿Cómo se las arregla usted entonces para vivir con esa realidad?

—Si examino mi vida creo que se compone de numerosas distracciones distintas a impedirme pensar en todo eso. Mucho trabajo: la música, mis partidas de cartas... Pero no me dejo avasallar. En esos casos, mi psicoanalista o mis amigos me dicen que no voy bien. Entonces voy a ver un partido o una película. O me engolfo en mi trabajo. No, no estoy todavía suficientemente maduro para mirar de cara a la muerte y salir bien de la experiencia. Me gustaría... Lo intento. Con mi trabajo típicamente de psicoanálisis. Explorando nuevos personajes, nuevas situaciones. Proyectando sobre ellos mis angustias para poder observarlos más objetivamente... Pero, como en la situación concentracionaria, es difícil no hundirse en la amargura, la depresión o la ira.

—¿No ha pensado usted nunca en superar sus angustias personales con acciones de tipo social?

—Sí. Creo que consagrar la propia vida a los demás es proba-

blemente el remedio más eficaz. Aunque personalmente no sería capaz de una cosa así. Lo que he intentado hacer a veces es no guardar más que una pequeñísima parte del dinero que gano, cambiar de estilo de vida. Eso sí podría hacerlo.

—¿Y la política?

—Bueno, alguna vez he apoyado la campaña de un candidato a la Presidencia o a la Alcaldía. Pero creo que la política sólo ofrece una respuesta parcial. Como el psicoanálisis. La gente tiene la impresión de que si el Gobierno cambia, si se hace la revolución, las cosas van a ser radicalmente distintas. Yo, no. Creo que existe una diferencia entre Nixon y Carter. Pero que, de todas formas, se parecen más de lo que difieren entre sí. Pienso, en el fondo, que el problema es espiritual. Que mientras uno no haya encontrado un sentido a la vida, que trascienda los problemas que pueden resolverse mediante el psicoanálisis o la ciencia económica, todo irá mal, y uno no hará nada duradero. Quienquiera que le gobierne a uno, y cualquiera que sea el número de psiquiatras que uno consulte, no logrará comprender por qué está en este mundo, ni superará el miedo a lo que vendrá "después".

—¿Y usted qué cree?

—Para que haya un auténtico cambio, creo que hará falta un buen accidente —no necesariamente terrible... pero sí radical—. Vuelvo al campo de concentración: Bettelheim ha demostrado que no había ningún medio, nada que hubiese podido descubrir los detenidos para escapar de allí. Si algunos sobrevivieron, es simplemente porque tuvieron más suerte que los demás. No eran ni los mejores ni los peores. Sólo que estaban allí cuando llegaron los aliados. Y creo que con nosotros ocurre lo mismo: para revisar realmente nuestra estructura de pensamiento, nuestra comprensión del mundo, hará falta un accidente, porque el azar desempeña un papel mucho más importante de lo que pensamos. Después de un accidente, ya sea nuclear o de otro tipo, es posible que los supervivientes cambien profundamente de forma de pensar, en un sentido positivo, o no; no lo sé. El siglo XX parece orgulloso de pensar que los humanos ejercemos un autocontrol absoluto. Pero yo no creo en ello. Podemos ayudarnos a nosotros mismos siempre dentro de unos límites muy concretos: mediante el psicoanálisis, la creación, la política... Pero, en el fondo, creo que estamos a merced del azar, y esto es aterrador.